

## PARADOJA, LOGICA Y CREATIVIDAD EN UNAMUNO

Aunque desde siempre ha habido cierta curiosidad y admiración hacia los pensadores «divergentes», en la actualidad, no sólo en Filosofía sino en Pedagogía y Psicología, se está dando una especial relevancia al capítulo del pensamiento.

Dentro de este tema se subraya como novedad el estudio del pensamiento divergente como factor creador. Para Unamuno esta creatividad se funda en la originalidad.

Toda la posición anti-lógica de don Miguel no es en el fondo, como comprobaremos a continuación, sino una búsqueda de la originalidad, de lo propio en frente a los cánones, a lo tópico, lo racional... lo lógico.

Por ello, para comprender esta temática, es necesario estudiar su actitud frente al tópico de los tópicos: la Lógica<sup>1</sup>. Y profundizar al mismo tiempo en su propia lógica. Porque, según nuestro autor, no hay un solo camino sino caminos en este mundo de la «ciencia» y de la «ficción».

El mismo Wittgenstein al final de su *Tratatus logico-philosophicus* afirma que además del científico existe otro camino:

«Hay, ciertamente, lo inexpresable, lo que se muestra a sí mismo; esto es, lo místico»<sup>2</sup>.

Por su parte también Unamuno en el capítulo VI de su libro *Del sentimiento trágico de la vida* nos recuerda que del conflicto entre la razón y el sentimiento, de la desesperación que se produce en tal ocasión puede ésta dar origen a una acción vigorosa y eficaz, a una ética, a una estética, a una religión y hasta a una lógica, a toda una nueva

1 Doy por supuesto, como ha afirmado el profesor Cruz Hernández, que Unamuno se está refiriendo a una lógica «tradicional», «escolástica», cerrada; no a una lógica abierta donde tiene cabida la «Paradójica».

2 L. Wittgenstein, *Tratatus logico-philosophicus*, 6.522. Este texto citado puede compararse con el siguiente de Unamuno: «Ahora, si en este caso concreto quieres decir la doctrina de los que creemos que hay más medios de relacionarnos con la realidad que los señalados en los corrientes manuales de lógica, y que ni el conocimiento sensitivo ni el racional pueden agotar el campo de lo trascendente, entonces, sí, místico. ¡Mas si con ello quieres decir algo sobrehumano o extraordinario, entonces, no!» (*Otros ensayos*, 'Sobre la filosofía española', I, 1.165). Más adelante continúa: «¿Quién le ha dicho que sea el conocimiento el único que nos pone en contacto con la realidad? ¿Quién te ha dicho que no hay cosas que podamos sentir sin conocerlas?» (p. 1.170).

N.B.: La bibliografía unamuniana es citada según la edición de Escélicer.

filosofía. Por ello, Unamuno no quiere engañar a nadie y dar por filosofía lo que acaso no sea sino poesía, fantasmagoría o mitología<sup>3</sup>.

De lo anterior se deduce que se presentan dos caminos a elegir: el de la lógica o el de la mística. En la disyuntiva, Unamuno va a escoger el «otro camino», el de la mística, el de la poética, porque la lógica, representativa de la ciencia, no es la abarcadora de toda la realidad. El ha tomado contacto con el «otro mundo», con lo «no objetivo» en palabras del profesor Alvarez Turienzo<sup>4</sup>.

Desde otro punto de vista muy diverso del de Wittgenstein también Heidegger insiste en que no es el pensamiento científico el único pensamiento estricto<sup>5</sup>.

Sucede esto, según Alvarez Turienzo, porque se da una vuelta, un giro en el pensar, hay otra actitud filosófica. Es un «volver a pensar las cosas con hábitos del pensamiento prefilosófico»<sup>6</sup>.

Podíamos afirmar que es la tradición española que siempre discurre mejor por los caminos de la mística que por los de la ciencia. De esto precisamente se va a quejar Ortega que lo designará nada menos que como el pecado español contra el Espíritu Santo:

«El amor a la ciencia, a lo claro, a la ley, nos reúne, nos hermana. Juremos que de hoy en más concluirá el pecado secular español, el pecado contra el Espíritu Santo, el horror a la ciencia. ¿Que son más transitorios los resultados de la ciencia? ¿Que son más cómodos los de la mística? ¿Y qué?: Ciencia no son los resultados, sino el método: el método de la honradez espiritual, la veracidad, virtud masculina, frente a la femenina sinceridad»<sup>7</sup>.

Para Américo Castro es la «vividura» propia del pueblo español, lo «castizo» de «¡que inventen ellos!» unamuniano: la espontaneidad frente a la racionalidad<sup>8</sup>. Es la fuerza de los individuos y los pueblos que, según G. Cassou, aprovechan toda la energía humana; es la preocupación de los grandes hombres y, por supuesto, también de los grandes españoles:

«Prodúcese en la marcha de nuestra especie una perpetua y entristecedora degradación de energía: toda generación se desenvuelve con una pérdida más

3 M. de Unamuno, *Sentimiento trágico de la vida*, O. C., VII, 183.

4 S. Alvarez Turienzo, 'Proceso al hombre en Jacques Monod', en *Arbor* 324 (diciembre, 1972) 71: «Cuando se ha tomado contacto con lo no objetivo, con lo 'inexpresable' más allá de la lógica y de la ciencia, dejan de ser la lógica y la ciencia el tribunal donde encausar toda causa posible. Más bien serán la lógica y la ciencia las encausadas».

5 M. Heidegger, *Introducción a la metafísica* (Buenos Aires 1965) pp. 60-61.

6 S. Alvarez Turienzo, 'El pensamiento posmetafísico actual y la alternativa técnico-ética', en *La ciudad de Dios*, CLXXIII (1970) 502.

Más adelante continúa observando este mismo autor: «En el puesto de la 'filosofía' —y bajo el proceso catártico de la 'fobosofía'— lo ocupa una 'filopraxia'; es decir, una mentalidad y un saber, que no se rige por el orden del ser y la verdad, sino por las instancias de la vida, ya en su línea genética ya en los resultados» (p. 518).

7 J. Ortega y Gasset, carta de 1908 a Unamuno conservada en el Museo de Salamanca, cit. por Emilio Salcedo en *Vida de Don Miguel* (Ed. Anaya, Salamanca 1964) p. 154.

8 A. Castro, *La realidad histórica de España* (México 1973) pp. 110, 250... Cito estas páginas sólo a modo de ejemplo y para concretar; esta temática es abundante en toda su obra.

o menos constante de sentido humano. Tan sólo se asombran de ello algunos individuos que en su avidez terrible no quieren perder nada, sino, lo que es más, lo que es más aún, ganarlo todo. Es la cuita de Pascal que no puede comprender que se deje distraer uno de ello. Es la cuita de los grandes españoles para quienes las ideas y todo lo que construir una economía provisoria —moral o política— no tiene interés alguno. No tienen economía más que en lo individual y, por lo tanto, de lo eterno»<sup>9</sup>.

De aquí que no es de extrañar —continúa Cassou— que Unamuno, defensor de esta línea de pensamiento, se encontrara en continua mala inteligencia con sus compatriotas y con sus sistemas mentales, porque él no sólo es asistemático sino que ignora todo sistema, todo principio, todo lo exterior y objetivo. «Su pensamiento como el de Nietzsche, es importante para expresarse en forma discursiva»<sup>10</sup>.

Por eso Unamuno siente la necesidad de clamar, bajo forma lírica —no lógica—, sus recuerdos de niñez, su fe, sus esperanzas, los dolores del destierro. Necesita del poema no para abandonarse, sino más bien para autocrearse, para enderezar a su aire la realidad<sup>11</sup>.

Don Miguel, como decíamos antes, es de los que aprovechan toda energía del espíritu, por ello odia a la ciencia como demoleadora de toda corriente espiritual. Las palabras de C. Wright Mills vienen muy a propósito en esta ocasión, parecen estar dedicadas expresamente al mismo Unamuno:

«Con todo eso, muchos trabajadores culturales han llegado a pensar que la 'ciencia' es un mesías falso y pretencioso, o por lo menos un elemento marcadamente ambiguo de la civilización moderna.

Pero según la frase de C. P. Snow, hay 'dos culturas': la científica y la humanística. Ya como historia o como drama, ya como biografía, poesía o novela, la esencia de la cultura humanista ha sido la literatura»<sup>12</sup>.

9 J. Cassou, 'Retrato de Unamuno', en el prólogo a *Cómo se hace una novela*, O. C., VIII, 715. A este propósito vienen como broche las palabras de Serrano Poncela: «Hasta aquí la casta histórica. Frente a ella, en una polarización de contrarios, la tradición eterna. Aparece aquí la dualidad hispánica, el tema de la aporía española de las 'dos espadas' que desde el siglo XVI se acusa con marcado carácter en la vida de este pueblo que 'vive desviviéndose', conforme la expresión dramática de Américo Castro» (*El pensamiento de Unamuno*, México 1973, p. 242).

10 *Ibid.*

11 *Ibid.*, p. 717: «Si se quiere seguir a Unamuno —observa Cassou— hay que ir eliminando poco a poco de nuestro pensamiento todo lo que sea su integridad radical, y prepararnos a esos caprichos súbitos, a esas escapadas del lenguaje por las que esa integridad tiene que asegurarse en todo momento de su flexibilidad y de su buen funcionamiento. A nosotros nos parece que no aceptar las reglas es arriesgarse de caer en el ridículo. Y precisamente Don Quijote ignora este peligro. Y Unamuno quiere ignorarlo».

12 C. Wright Mills, *La imaginación sociológica*, 3 ed. (México 1971). Afirmación que coincide con la de Serrano Poncela: «Hémos, pues, en la pista inicial que nos lleva a comprender la aparente contradicción unamuniana —poeta que razona; filósofo que poetiza; novelista que problematiza y comprende mucho; teólogo místico—. Estamos ante un hombre cuya existencia, cambiante y plural, sostiene un paralelo estado de conciencia plural y cambiante también, cuya forma de expresión es la literatura en toda su amplitud, ya que también esta forma, en lo que de ideología tiene, viene a someterse al hombre que la encarna».

No en vano a Unamuno se le acusa de literato cuando se le quiere traer al campo de la filosofía, pero es que para los hombres de la «cultura humanista», según nos ha dicho Snow, la literatura es la expresión adecuada de su cultura. Así en Unamuno podemos decir que la novela *San Manuel Bueno, mártir* es la expresión novelada de su ensayo *Del sentimiento trágico de la vida*; su hombre de «carne y hueso» hay que buscarlo, no tanto en sus ensayos, sino en el drama, en la poesía o en la novela.

Como consecuencia de todo esto es fácil adivinar la postura de don Miguel frente a la lógica, representativa de la ciencia. Y que como tal ciencia coarta, limita e impide, por lo tanto, la expresión libre, la creación personal.

### 1. Posición frente a la lógica.

Es curioso, pero ya en su juventud Unamuno en 1886, a los 21 años, escribe una *Filosofía Lógica* partiendo de un ambiente donde predomina el racionalismo, el positivismo y el ciencismo sostenidos ya desde antes por el mismo Unamuno. Así nos lo confirma Charles Moeller:

«Algunos textos inéditos dan testimonio, para esta época anterior a 1886, del racionalismo del positivismo y del ciencismo más radical: 'Pedid el reino de la ciencia y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura'. La *Filosofía Lógica* de 1886 se funda igualmente en supuestos positivistas, según los cuales la ciencia se ocupa de 'hechos' y la filosofía tiene como objeto propio 'las síntesis superiores de carácter lógico'»<sup>13</sup>.

Sin embargo, como nos afirma al mismo Moeller<sup>14</sup> y Zubizarreta<sup>15</sup>, ya en esta época de la *Filosofía Lógica* el racionalismo, el positivismo y la ciencia no satisfacen sus inquietudes, sino que aspira a otra cosa, lo que más tarde será el meollo de su pensamiento. Se sitúa y abre Unamuno al plano existencial.

Por eso más tarde nuestro autor se opone rabiosamente a la lógica. La considera curiosamente como uno de los «más fieros tiranos», a la par del espacio y el tiempo:

«La libertad, cuya ley es el azar, halla su mejor campo en el ensueño. Nunca es un espíritu más libre que cuando sueña, porque es cuando más se emancipa de nuestros tres más fieros tiranos: el espacio, el tiempo y la lógica»<sup>16</sup>.

<sup>13</sup> Ch. Moeller, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, IV (Madrid 1960) pp. 78-79. Sobre la *Filosofía Lógica* de Unamuno puede consultarse el artículo de Zubizarreta titulado 'Una desconocida *Filosofía Lógica* de Unamuno' en su obra: *Tras las huellas de Unamuno* (Madrid 1960) pp. 15-32, o este mismo artículo en el *Boletín informativo del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca*, 20-23 (1957-58) pp. 241-52. De aquí es de donde Moeller saca la anterior cita.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 97.

<sup>15</sup> A. Zubizarreta, *ob. cit.*, p. 16: «En *Filosofía Lógica*, Unamuno logra romper las tres barreras del cientifismo y positivismo del siglo, para lanzarse a la captación de la existencia». Y en la p. 29: «Empieza a pesarle su racionalismo y siente una insaciable sed de realidad y de realidad salvadora. El hombre, encerrado en sí mismo, constructor de su torre de Babel, había llegado a sentirse insatisfecho».

<sup>16</sup> Unamuno, *Prólogo a diversos libros ajenos*, O. C., VIII, 1.067.

Unamuno va a rebelarse contra el espacio, porque no le deja serlo todo, estar en todos los lugares a la vez; contra el tiempo, porque no le permite ser antes, ahora y después, ser siempre; y contra la lógica, porque le ordena su pensamiento, le obliga a actuar según leyes prefijadas, no le deja libertad.

Para un hombre libre no puede haber tales restricciones. Al menos en su voluntad, que ha de estar contra todo lo que la contradiga y sobre todo; ha de ser libre de todo imperio racional. Sólo necesitan la lógica, afirma audazmente, los muñecos en el teatro<sup>17</sup>. Para los hombres libres: los artistas, los héroes, los santos, en opinión de Unamuno, existe otro mundo donde no rige esta lógica avasalladora:

«Si real y verdaderamente existieran en el tiempo y el espacio, sufrirían de no ser en lo eterno y lo infinito. Y ese sufrimiento, esta pasión, que no es sino la pasión de Dios en nosotros, Dios que en nosotros sufre por sentirse preso en nuestra finitud y nuestra temporalidad, este divino sufrimiento les haría romper todos esos menguados eslabones lógicos con que tratan de atar sus menguadas esperanzas, la ilusión de su pasado a la ilusión de su porvenir»<sup>18</sup>.

La lógica limita al creador, conduce a desatinos vulgares. Es para esto para lo que sirve la «cochina lógica», según su gráfica expresión, donde parece escucharse un eco de Lutero o Nietzsche:

«En cuanto una cosa tiene razón de ser y ellos la conocen perdió todo su valor la cosa. Para eso les sirve la cochina lógica»<sup>19</sup>.

Esta lógica escolástica no la fundan en la fe, sino en juegos de palabras, es puramente verbal, común para todos, sin diferencias específicas<sup>20</sup>. Así es la lógica del Sancho primerizo, el que todavía anda pensando en Aldonza, en su Sancha, y no ha atisbado el horizonte de Dulcinea donde con las mismas palabras no se dice siempre lo mismo y viceversa<sup>21</sup>.

De este modo no nos da la verdad de las cosas, porque la verdad no consiste en mera relación de un mundo aparential a una razón aparential, sino que es una penetración íntima del mundo sustancial en la conciencia también sustancial<sup>22</sup>.

17 *Ibid.*, 'Autocrítica', O. C., V, 654.

18 *Ibid.*, *Vida de Don Quijote y Sancho*, O. C., III, 52. A este rebelarse contra la lógica alude M. F. Sciacca: «Así el hombre del quijotismo, para obrar y querer, para enderezar entuertos y conquistar glorias, debe saltar más allá de la lógica y del sentido común, más allá del ser de la vida y vivir en sueños con fe indomable y de desesperanza en el sueño, como si fuese una realidad» (*La filosofía de hoy*, Barcelona 1947, p. 133).

19 *Ibid.* De manera análoga se expresa F. Nietzsche: «¡Qué me importa mi razón! Codicia la ciencia como el león su alimento; pero es pobre y sucia y no más que una voluptuosidad miserable» (*Así habló Zaratustra*, 6 ed., 1965, p. 245).

20 *Ibid.*, p. 130.

21 *Ibid.*: «La lógica de Sancho era una lógica como la escolástica, puramente verbal; partía del supuesto que todos queremos decir lo mismo cuando expresamos las mismas palabras, y Don Quijote sabía que con las mismas palabras solemos decir cosas opuestas, y con opuestas palabras la misma cosa».

22 *Ibid.*, p. 210. Y en otro lugar nos viene a confirmar de nuevo su posición en cuanto a la verdad: «¿Verdad?, ¿verdad, decís? La verdad es algo más íntimo que

La lógica mata, detiene el proceso de la vida para poder examinar lo que ya no es vida sino muerte, la vida se le escapa. Pone en fila lo que sólo se mueve en círculo<sup>23</sup>. Por ello Unamuno pide al Señor que alumbre con luz del corazón las tinieblas de esta lógica y del raciocinio, que seamos un pueblo con misión clarificadora y que consuele los corazones de los condenados al sueño de la vida<sup>24</sup>. Porque la lógica llega a ser una forma de sensualidad:

«La pasión y la sensualidad son incompatibles: la pasión es arbitraria, la sensualidad es lógica. Como que la lógica no es sino una forma de sensualidad»<sup>25</sup>.

Con la lógica —continúa nuestro autor— andábamos muy errados al pensar que esta lógica no sólo valga para este mundo, sino que pueda aplicarse a otro donde hay ya la tiranía de nuestros grandes enemigos, los tres consabidos tiranos: el tiempo, el espacio y la lógica<sup>26</sup>

Unamuno vive y se mueve en otro plano distinto de estos «tiranos». En su *Vida de Don Quijote y Sancho* no va a probar nada con certificados. Estas son cosas de los espíritus lógicos, notariescos y silogísticos:

«Me conviene advertir, ante todo, al lector de espíritu notariesco y silogístico, que aquí no se prueba nada con certificados históricos ni otra cosa, tal como él entenderá la prueba, que todo esto no es obra de la que él llamará *ciencia*; que aquí sólo hallaría retórica el que ignore que el silogismo es una mera figura de dición»<sup>27</sup>.

Esa lógica racional es buena para ejercer los músculos del pensamiento, pero no sirve en el campo de batalla de la vida donde hay otras leyes dadas por el heroísmo de un corazón esforzado en combatir<sup>28</sup>.

Dirán algunos que entonces se renuncia a la claridad diáfana de la lógica y nos metemos en el mundo nebuloso y desordenado del sentimiento y de la pasión. A esto responderá Unamuno:

«¡Al demonio la lógica y la claridad ésas! Quédense los tales recortes y podas y redondeces para lenguas en que haya de encarnar la lógica del raciocinio razocinante, pero la nuestra, ¿no sabe ser acaso, ante todo y sobre todo, instrumento de pasión y envoltura de quijotescos anhelos conquistadores?»<sup>29</sup>.

la concordancia lógica de los conceptos, algo más entrañable que la ecuación del intelecto con la cosa —*adaequatio intellectus et rei*—, es el último consorcio de mi espíritu con el Espíritu universal. Todo lo demás es razón, y vivir verdad es más hondo que tener razón. Idea que se realiza es verdadera» (*Otros ensayos*, 'La ideocracia', O. C., I, 958).

23 *Ibid.*, *En torno al casticismo*, 'La tradición eterna', O. C., I, 792.

24 *Ibid.*, *Vida de Don Quijote y Sancho*, O. C., III, 251.

25 *Ibid.*, *Otros ensayos*, 'Sobre la europeización (Arbitrariedades)', O. C., III, 930.

26 *Ibid.*, *Vida de Don Quijote y Sancho*, O. C., III, 253. Unamuno vive en otro mundo distinto del de la lógica, acepta en su sistema la contradicción como fuente fructífera. Cosa que reconoce el mismo Popper: «Los dialécticos dicen que las contradicciones son fructíferas, fértiles, o fecundas para el progreso, y hemos admitido que esto es, en cierto sentido, verdadero» (*El desarrollo del conocimiento científico. Conjeturas y refutaciones*, Buenos Aires 1967, p. 364).

27 *Ibid.*, *En torno al casticismo*, 'La tradición eterna', O. C., I, 784.

28 *Ibid.*, *Otros ensayos*, 'La ideocracia', O. C., I, 958.

29 *Ibid.*, *Vida de Don Quijote y Sancho*, O. C., III, 222. A este propósito nos dice Paulina Garagorri que el hombre no se deja domesticar por la lógica: «Este tema

Por eso la filosofía española propugnada por el escritor salmantino no actúa con tal lógica deductiva ni inductiva, sino que brota de más abajo, del corazón donde la única justicia y orden es el amor<sup>30</sup>.

La «cochina lógica» lleva dentro de sí, como fundamento, la razón, la mente, la cabeza, la ciencia... pero todo esto es cosa terrible, porque la inteligencia tiende a la muerte y a la estabilidad, quiere deducirlo todo a lo mismo y no hay nada que sea lo mismo en todos los momentos sucesivos de su ser<sup>31</sup>.

A pesar de todo, esta lógica nos es necesaria para comunicarnos, para poder pensar y percibir en una sociedad donde la palabra dirige socializando. Pero esta socialización de la palabra e incluso del pensamiento no agotan toda la realidad humana, algo se le escapa:

«Y, sin embargo, necesitamos de la lógica, de este poder terrible para transmitir pensamientos y percepciones y hasta para pensar y percibir, porque pensamos con palabras, percibimos con formas. Pensar es hablar uno consigo mismo, y el habla es social, y sociales son el pensamiento y la lógica. Pero, ¿no tienen acaso un contenido, una materia individual, intrasmisible e intraductible? ¿Y no está aquí su fuerza?»<sup>32</sup>.

Por lo cual aunque Unamuno, la mayoría de las veces, tiende a afirmar lo ilógico, lo pasional, lo antirracional<sup>33</sup>, acepta con todo rigor el extremo opuesto, y, precisamente por eso, conserva éste todo su valor. Lo que no admite es que se imponga como único, como pretenderían sus coetáneos.

nuevo —¿qué es el hombre?, ¿cómo es el protagonista de la historia?— se rebela indócil, no consigue ser domesticado por la lógica tradicional e invita, por lo tanto, al desvío irracionalista, y con ello a una quiebra de la filosofía no inferior a un nuevo 'parricidio', como el que respecto de Parménides temía cometer Platón» (*Unamuno, Ortega, Zubiri*, Madrid 1968, p. 24).

30 *Ibid.*, p. 233. Y en otro lugar: «No, amigo mío, no; usted tiene lógica, y no es la lógica, sino la pasión, la que rige los sentimientos». *Otros ensayos*, 'Sobre la europeización (Arbitrariedades)', O. C., III, 928).

31 *Ibid.*, *Sentimiento trágico de la vida*, O. C., VII, 162. Por eso «La mente busca lo muerto, pues lo vivo se le escapa: quiere cuajar en témpanos la corriente fujitiva, quiere fijarla. (...) La ciencia es un cementerio de Ideas muertas, aunque de ella salga la vida» (*Ibid.*, p. 162).

32 *Ibid.*, p. 163.

33 Barajando los distintos conceptos de lo irracional: arracional, antirracional, suprarracional, infrarracional, el que mejor le conviene a Unamuno es el de anti o contra-rracional. Ya que su postura mental es situarse, afirmarse contra lo racional. Por eso no debe decirse que Unamuno sea un simple irracionalista, ya que él valora la razón, y su postura antirracionalista ha de tomarse más bien como un método pedagógico. Esto lo confirma muy acertadamente Adolfo P. Carpio: «Porque, contra todas las apariencias, encontramos en Unamuno una valoración o revalorización 'existencial' de la razón. Pues la vida humana, como lo muestra la más ligera reflexión, si no se reduce por cierto a la razón, está también —según ya antes hemos apuntado— movida por el pensamiento, al menos en parte. Y Unamuno no lo ignora. Es cierto que sus formulaciones no son siempre lo suficientemente claras, y que en muchos casos el tema mismo lo lleva a oponer razón y sentimiento en términos tales que parecía nos exigiesen una renuncia total de la inteligencia. Pero son más bien necesidades polémicas, necesidades didácticas —esto es, 'rationales'— las que lo llevan a exagerar el momento 'irracionalista'; porque no pasa de ser un 'momento'» ('Unamuno, filósofo de la subjetividad', en *Miguel de Unamuno, El escritor y la crítica*, de Sánchez Barbudo, Madrid 1974, pp. 133-34).

El hombre ha sido esclavo de la lógica que se le imponía como única, una lógica matadora de todas las demás tendencias, anquilosada y abogadesca. Pero nunca el hombre en su interior estuvo de acuerdo con ella. Es más, en su acción, según don Miguel, obra de manera muy diversa a lo que dicta su cabeza, porque es propio de su entraña el ser ilógico:

«Y tan de las entrañas del hombre arranca esta necesidad vital de vivir un mundo ilógico, irracional, personal o divino que cuantos no creen en Dios o creen no creer en El, creen en cualquier dioscello, o siquiera en un demonio, o en un agüero, o en una herradura que encontrarán por acaso al azar de los caminos, y que guardan sobre su corazón para que les traiga buena suerte y les defienda de esta misma razón de que se imaginan ser fieles servidores y devotos»<sup>34</sup>.

Ante esta situación conflictiva en la que el hombre se encuentra sometido, por una parte, a la lógica, y por otra arraigado en la necesidad de lo irracional, ¿qué camino tomar? Nos afirma S. Trías Mercant que Unamuno se inclina decisivamente hacia una orientación poética:

«La solución debe orientarse hacia una 'poetización' progresiva que aleje al hombre de la lógica y le acerque a una visión del mundo en imágenes. La poesía es 'confianza y no evidencia' que pueda liberar al hombre de la lógica»<sup>35</sup>.

La posición de Unamuno frente a la lógica es, por lo tanto, clara: por un lado la admite como un elemento necesario en la lucha de su sistema de contradicciones, pero por otro esta lógica, representativa de la ciencia, coarta la libertad del creador porque es fría y rígida, por lo cual no puede llegar al conocimiento sustancial de la verdad ni de la vida. Se impone, otro tipo de lógica en donde tenga cabida toda la problemática humana o capte esta problemática en una dimensión más profunda que la cerebral.

## 2. Lógica en función de la antropología.

Toda la teoría lógica unamuniana se refleja en su antropología y ésta es la causa de aquélla<sup>36</sup>. Si Unamuno rechaza la lógica tradicional y propugna una nueva lógica, una lógica paradójica fundada en el corazón y que tiene como savia la vida, el hombre no será, entonces, un animal racional sino un animal afectivo o sentimental<sup>37</sup>. Por ello no puede ser sólo un pensamiento que piensa, sino que es una pasión, un verdadero drama<sup>38</sup>.

<sup>34</sup> M. Unamuno, *Sentimiento trágico de la vida*, O. C., VII, 215.

<sup>35</sup> S. Trías Mercant, 'Conversación, lenguaje y filosofía en Unamuno', en *Pensamiento*, XXX (1974) 43.

<sup>36</sup> Unamuno, *Sentimiento trágico de la vida*, VII, 109: «Y ese hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y el supremo objeto a la vez de toda filosofía». Así lo interpreta Sebastián Trías: «El hombre es, para Unamuno, el centro de gravitación de la filosofía» (Ob. cit., p. 66).

<sup>37</sup> *Ibid.*, 110: «El hombre, dicen, es un animal racional. No sé por qué no se ha dicho que es un animal afectivo o sentimental».

<sup>38</sup> *Ibid.*, *Aforismos y definiciones*, O. C., VII, 1.534: «El hombre es un pensa-



Este hombre que sueña, le consume la pasión y le martiriza el drama es tal precisamente por tener conciencia, por «reflexionar» sobre sí mismo. Es el más grande entre los animales y, por lo mismo, es el animal enfermo<sup>39</sup>.

Pero esta enfermedad —continúa Unamuno— de sentirse inseguro, de poder imaginar y soñar creando así la *realidad* es compensada con creces, porque esta enfermedad es la condición esencial del progreso, «y el progreso mismo una enfermedad»<sup>40</sup>.

Un progreso que, para Lázaro Ros, surge de una lucha de contrarios y da unidad a la obra unamuniana: «Pero yo callo y sigo pensando en lo implacablemente coordinada que es la filosofía de Unamuno; todo es guerra: vida y razón, sentimiento y raciocinio, cuerpo y voluntad de inmortalidad. Del abrazo furioso de los contrarios surge el progreso»<sup>41</sup>.

Este autor del progreso es, para don Miguel, «un animal guarda-muertos»<sup>42</sup>, que posee como libertad el azar, que halla su mejor campo en el sueño donde se aproxima a lo eterno y se libera de sus tres con-sabidos tiranos:

«La libertad, cuya ley es el azar, halla su mejor campo en el sueño. Nunca es un espíritu más libre que cuando sueña, porque es cuando más se emancipa de nuestros tres más fieros tiranos: el espacio, el tiempo y la lógica. Es en el ensueño cuanto más nos acercamos a la infinitud, a la eternidad y al todopoderío. El soñador no está ni por el aquí, ni por el ahora, ni por la consecuencia. Y, sin embargo, es cuando el hombre es menos libre. El sueño se impone»<sup>43</sup>.

Es, pues, el hombre unamuniano necesariamente contradictorio. Valga como ejemplo de ello los personajes de su teatro o de su novela. Así Ignacio, el protagonista de la novela *Paz en la guerra*, lleva la contradicción en su misma esencia: hace lo que no quiere; se levanta por la mañana con un propósito y a la noche ya ha sido vencido por la tentación<sup>44</sup>. Cosa parecida le ocurre a Augusto que confunde el sueño con la vigilia, la ficción con la realidad<sup>45</sup>.

Un animal realmente extraño, que anda siempre al revés y actúa llevando la contradicción en sus obras. Nos lo confirma Unamuno en su novela *Niebla*:

«¡Qué extraño animal es el hombre! Nunca está en lo que tiene delante. Nos acaricia sin que sepamos por qué y no cuando le acariciamos más, y cuanto más a él nos rendimos nos rechaza o nos castiga. No hay modo de saber lo que quiere, si es que lo sabe él mismo. Siempre parece estar en otra cosa que

miento que piensa, quiere, y mientras es pensado, sueña. Es un movimiento que se mueve y es movido. Es una pasión que actúa y una acción que padece. Es un drama».

39 *Ibid.*, *Prólogo a diversos libros ajenos*, O. C., VIII, 1:067: «Es más: el hombre, por ser hombre, por tener conciencia, es ya, respecto al burro o a un cangrejo, un animal enfermo. La conciencia es una enfermedad».

40 *Ibid.*, *Sentimiento trágico de la vida*, O. C., VII, 120; véanse pp. 121 y 133.

41 A. Lázaro Ros, *ob. cit.*, 211-12.

42 Unamuno, *Sentimiento trágico de la vida*, VII, 133.

43 *Ibid.*, *Prólogo a diversos libros ajenos*, O. C., VIII, 1:067.

44 *Ibid.*, *Paz en la guerra*, O. C., II, 114.

45 *Ibid.*, *Niebla*, O. C., II, 661.

en lo que está, y ni mira a lo que mira. Es como si hubiese otro mundo para él. Y es claro, si hay otro mundo, no hay éste»<sup>46</sup>.

Por ello odia Unamuno al hombre que al agarrar las cosas de este mundo cree haber cogido la realidad, cree que está en posesión de algo real, cuando lo que tiene en su cabeza, o en sus manos no es nada más que una nube<sup>47</sup>. Así es un desconocido para sí mismo, pero paradójicamente en esto está «su aurora»:

«'Me desconozco', dices, mas mira, ten por cierto  
que a conocerse empieza el hombre cuando clama:  
me 'desconozco' y llora;  
entonces, a sus ojos el corazón abierto  
descubre de su vida la verdadera trama;  
entonces es su aurora»<sup>48</sup>.

De este modo, por el dolor, es como el hombre se adentra en el reino de su conciencia; llega a serse, a sentir el límite y la congoja de que todo pasa, a sentirse distinto de los demás<sup>49</sup>.

Porque, para el escritor salmantino, lo único que realmente sufre, compadece, ama y anhela es la conciencia, que es lo único sustancial<sup>50</sup>. Es la realidad que se nos hace presente; lo demás no cuenta porque no existe. Por eso quiere Unamuno soñar su gran ilusión de que se concienziese todo<sup>51</sup>, que la materia se ilumine con el espíritu<sup>52</sup>.

La conciencia es algo trágico, nos atestigua la presencia de cuatro «yos» en la persona humana: uno es el que realmente se es; otro, lo que los demás piensan que se es; el tercero, lo que uno cree ser. Este último es el más importante porque es nuestro motor de acción, nuestra meta<sup>53</sup>.

Por lo cual el hombre de Unamuno es un hombre de voluntad, cuya lógica es la biótica y la suprema ley la pasión y el amor forjados en el profundo misterio humano<sup>54</sup>.

El hombre no está gobernado por los vivos sino por los muertos. La tradición, con todos sus resortes, influye constantemente y nos hace

46 *Ibid.*, p. 679.

47 *Ibid.*, *Otros artículos*, 'Las dos nubes', O. C., IX, 1.336: «Sólo odio al animal con forma corpórea humana, al bípodo implume, al mamífero vertical por mucha ciencia que tenga, que cree que al agarrar una nueva verdad científica, o una mujer, o un puñado de oro, o una parcela de terreno agarra algo más que una nube».

48 *Ibid.*, *Poemas*, 'Veré por tí', O. C., VI, 293.

49 *Ibid.*, *Sentimiento trágico de la vida*, O. C., VII, 192: «El dolor es el camino de la conciencia, y es por él como los seres vivos llegan a tener conciencia de sí. Porque tener conciencia de sí mismo, tener personalidad, es saberse y sentirse distinto de los demás seres, y a sentir esta distinción se llega por el choque, por el dolor más o menos grande, por la sensación del propio límite».

50 *Ibid.*, p. 201: «Lo único real es lo que siente, sufre, compadece, ama y anhela, es la conciencia», p. 232.

51 *Ibid.*, p. 251.

52 *Ibid.*, pp. 234 y 235, donde se habla de las relaciones entre materia y espíritu.

53 *Ibid.*, *Inquietudes y meditaciones*, O. C., VII, 574 y 575. Consúltese, II, 973.

54 A. Río del, *Introducción*, O. C., VIII, 1.053. Consúltese, II, 977.

a su modo, siguiendo su lógica, sin que podamos impedirlo. Somos sueños de sombras, pero estos sueños nos rigen<sup>55</sup>.

Después de este pequeño análisis de la antropología unamuniana, ¿qué consecuencias puede traer para el terreno lógico? De un hombre enfermo por tener conciencia, apasionado, acongojado, contradictorio sólo cabe esperar una nueva lógica, otra lógica: la *Paradójica*.

¿Significa acaso todo lo anterior que Unamuno propugna la aberración, la anarquía mental? Evidentemente no, lo que va a crear y defender es una lógica «sui generis» en la que entran elementos extralógicos y extrarracionales. Esta lógica, como ya hemos enunciado, es la *Paradójica*; voz usada ya por el mismo Unamuno y que es el tema del siguiente estudio.

### 3. *Lógica paradójica.*

La *Vida de Don Quijote y Sancho* es una paradoja viviente. Los personajes protagonistas, Don Quijote y Sancho, son presentados como paradójicos, contradictorios, misteriosos y, si se quiere, absurdos. Su ley es la del amor; su justicia, la del perdón; su motor, Dulcinea; su método, la agonía continua; su razón, el desatino y la locura; su fe se alimenta de dudas y se funda en el absurdo; su verdad, la vida; su antropología, el hombre concreto como abismo de contradicciones; su lógica, la «cardíaca».

Ante estos presupuestos las consecuencias son fáciles de inferir: el predominio del corazón y de la voluntad son manifiestos y exageradamente subrayados. No importa lo que los molinos de viento sean o que el yelmo sea o no una bacía, lo importante es que son lo que el protagonista quiere que sean, porque él sabe quién es, qué quiere decir que sabe quién quiere ser:

«Pues bien, te equivocas tú, el que dices eso; Don Quijote discurría con la voluntad, y al decir '¡yo sé quién soy!', no dijo sino '¡yo sé quién quiero ser!'»<sup>56</sup>.

De estas afirmaciones de extremos<sup>57</sup> y precisamente del extremo más olvidado, surge inmediatamente a flote la *paradoja*, la contradicción, el misterio, lo absurdo. Porque todo «revuelco del espíritu», toda «quemante lágrima vertida en el silencio» nos dan un nuevo campo donde la verdad es ajena a los tópicos y a los dogmas<sup>58</sup>, donde la armonía es dinámica interior y no externa<sup>59</sup>.

Lo que predomina —continúa Unamuno— es el desatino, la locura; desatino y locura sin motivo para ello, a lo Sancho y a lo Quijote:

55 Unamuno, *Prólogo a diversos libros ajenos*, O. C., VIII, 1.053. Consúltese, II, 977.

56 Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, O. C., III, 82. La misma afinidad temática se encuentra en W. James: «Nunca se menciona la más poderosa de nuestras premisas: le coeur a ses raisons que la raison ne connait pas» (*Pragmatismo*, Buenos Aires 1954, p. 8).

57 *Ibid.*, *En torno al casticismo*, 'La tradición eterna', O. C., I, 784.

58 *Ibid.*, pp. 226-27.

59 *Ibid.*, *Vida de Don Quijote y Sancho*, O. C., III, 56.

«Ahí está el punto, y ésta es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado?»<sup>60</sup>.

Es necesario desatinar contra la lógica del espíritu, es necesario engendrar una verdadera locura que nos cure de la vulgaridad:

«Sí, Don Quijote mío, el toque está en desatinar sin ocasión, en general rebelión contra la lógica, durísima tirana del espíritu. Los más de los que en esta tu patria son tenidos por locos, desatinan con ocasión y con motivo y en mojado, y no son locos, sino majaderos forrados de lo mismo, cuando no bellacos de lo fino. La locura, nos está haciendo mucha falta, a ver si nos cura de esa parte del sentido común que nos tiene a cada uno ahogado el propio»<sup>61</sup>.

El mundo es para cada uno diferente, el asunto está en hacérselo cada cual a su voluntad desatinando sin ocasión y henchidos de fe en el absurdo. ¡Qué locura cuerda la de Don Quijote al afirmar!:

«Eso que a ti te parece bacía de barbero me parece a mí yelmo de Mambrino y a otro le parecerá otra cosa'. Esta es la verdad pura: el mundo es lo que a cada cual le parece, y la sabiduría estriba en hacérselo a nuestra voluntad, desatinando sin ocasión y henchidos de fe en el absurdo»<sup>62</sup>.

Por ello, frente a la lógica, Unamuno asienta la *cardíaca*, que nos da la verdad y nos hace vivir:

«Frente a todas las negaciones de la *lógica*, que rige las relaciones aparentes de las cosas, se alza la afirmación de la *cardíaca*, que sigue los toques sustanciales de ellas. Aunque tu cabeza diga que se te ha de derretir la conciencia un día, tu corazón, despertado y alumbrado por la congoja infinita, te enseñará que hay un mundo en que la razón no es guía. La verdad es lo que hace vivir, no lo que hace pensar»<sup>63</sup>.

La *cardíaca* es la lógica del corazón:

«Se ha dicho que el corazón tiene su lógica; pero es peligroso llamarle lógica al método del corazón; sería mejor llamarle *cardíaca*»<sup>64</sup>.

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 119. A este propósito exclama Nietzsche: «Siempre hay un poco de locura en el amor. Pero siempre hay algo de razón en la locura» (*Así habló Zaratustra*, O. C., III, Buenos Aires, 6 ed., 1965, p. 262).

<sup>61</sup> *Ibid.*, Unamuno fue otro Quijote: «Unamuno fue, y todos lo saben, un poco el Don Quijote de nuestro tiempo; el Don Quijote literario de nuestro tiempo. Y nos es muy conveniente a nosotros, españoles, recordar de vez en cuando que el gran libro del cual dependemos todos se llama *Don Quijote de la Mancha*. Esto lo recordé durante toda su vida Unamuno, que se volvió realmente un Don Quijote y un quirotizado de la vida y de la literatura. Por eso fue también un gran trágico» ('Antoni Buero Vallejo habla de Unamuno', en *Primer acto*, 58, nov. 1964, p. 20).

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 120.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 210. A esta *cardíaca* hace referencia Lázaro Ros: «Donde ellos ponen *metafísica* —es decir, lo que en Aristóteles viene después de la física— Unamuno coloca lo que yo llamaría *metabiótica* y él llamó *cardíaca*; es decir, biótica trascendente o ciencia del sentimiento vital» (*ob. cit.*, p. 204).

<sup>64</sup> *Ibid.*, *Otros ensayos*, 'Sobre la europeización (Arbitrariedades)', O. C., III, 937.

Es la lógica de pasión que raya en auténticos y quijotescos anhelos conquistadores:

«Pero la nuestra, ¿no sabe ser acaso, ante todo y sobre todo, instrumento de pasión y envoltura de quijotescos anhelos conquistadores?»<sup>65</sup>.

En fin, todo esto nos conduce a una lógica anti-lógica, donde se acentúa o predomina uno de los términos de la dialéctica inteligencia-voluntad, pero siempre con el reconocimiento y valoración equitativa del otro. Se afirman, por lo tanto, los extremos de Quijote y Sancho, aunque a veces se cambiarán sus roles: Sancho se quijotiza<sup>66</sup> y Don Quijote se sanchiza<sup>67</sup>; hay guerra y paz; yelmo y bacía, no bacilyelmo. No hay una disyunción sino una conjunción entre ambos extremos; de ahí la lógica paradójica que nos va a originar una lógica agónica.

#### 4. Lógica agónica.

La lógica paradójica es agónica, como lo es la paradoja —no puede separarse la paradoja y su lógica— y todo el pensamiento de nuestro autor. Es una lógica de lucha, de entraña, de pasión, polémica. Así nos lo confirma Unamuno en su *Vida de Don Quijote y Sancho*:

«La lógica de pasión es una lógica conceptista, polémica y agónica. Y los Evangelios están henchidos de paradojas, de huesos que queman»<sup>68</sup>.

Es —continúa— una dialéctica de agonía:

«Desnacer es morir y desmorir es nacer. Y todo es una dialéctica de agonía»<sup>69</sup>.

Por lo tanto la paradoja, en palabras del propio Unamuno, no es, en este caso, una figura retórica, sino más bien una doctrina agónica:

«Me toman a paradoja y creen que es una manera de decir, una figura retórica, y es más bien una doctrina agónica»<sup>70</sup>.

Es, nos dice, la trágica agonía mística que procede con dialéctica especial:

«...agonía mística—, que procede por antítesis, paradojas y hasta trágicos juegos de palabras, juega con la palabra, con el verbo. Y juega a crearla»<sup>71</sup>.

65 *Ibid.*, *Vida de Don Quijote y Sancho*, O. C., III, 222.

66 *Ibid.*, pp. 118, 121, 151, 252, 150.

67 *Ibid.*, pp. 120, 210.

68 *Ibid.*, p. 218.

69 *Ibid.*, *La agonía del cristianismo*, O. C., VII, 310-11. Más adelante se expresa del siguiente modo: «No dialéctico, sino agónico, porque allí no se dialoga, se lucha, se discute» (p. 317).

70 *Ibid.*, p. 313.

71 *Ibid.*, p. 318.

Y el que no sea capaz de comprender esto y sentirlo, que renuncie a entender el cristianismo, la historia, la vida y la personalidad:

«El que no sea capaz de comprender y seguir esto, de conocerlo en el sentido bíblico, de engendrarlo, de crearlo, que renuncie no sólo a comprender el cristianismo, sino el anticristianismo, y, la historia, y la vida, y a la vez la realidad y la personalidad»<sup>72</sup>.

Es el consabido trágico combate de agonía donde no hay una síntesis hegeliana, sino que la síntesis es la misma agonía, es la fundamental y conflictiva lucha entre la razón y la vida, porque «todo lo vital es irracional y todo lo racional es antivital»<sup>73</sup>.

En aras a una solución el Padre Jacinto, afirma Unamuno, preguntábase por una posible síntesis, por un tercero que pudiera aportar una solución a esta ambigua situación:

«El pobre padre que llevaba dos hombres en sí se preguntaba: ¿No habrá un tercer hombre que concilie a esos dos?»<sup>74</sup>.

Por lo tanto, para hacer una filosofía, lo mismo una psicología, no agónica sino racional, científica, habría que crear una serie de fórmulas algebraicas o una lengua inhumana, si se quiere a una «cibernética», pero, tanto las unas como las otras, son inaptas para satisfacer todas y las complejas necesidades de la vida humana<sup>75</sup>.

Al mundo, concluye Luis de Zulueta, no le queda otra solución que agonizar clavado en la cruz de la contradicción:

«Jesús —afirmaba el mismo Pascal— estará en agonía hasta el fin del mundo'. Y el mundo, en tanto, podría añadir Unamuno, nuestro gran D. Miguel de Unamuno, a quién aquí recordamos cada día (...) el mundo agonizará también, clavado en la cruz, queriendo a la vez dos cosas opuestas, y viviendo, a la par, dos vidas inconciliables, hasta la consumación de los siglos»<sup>76</sup>.

Por todo ello, la lógica unamuniana responde a la vida, a todas sus necesidades; como es la vida así es su lógica: una lógica paradójica y agónica donde la originalidad personal tiene cabida.

Desde esta perspectiva es más fácil comprender la obra y la personalidad de nuestro autor y la de otros autores del mismo estilo. La vida, la historia humana, la ciencia y el arte no se mueven en una línea recta continua, sino en sigzags y en círculo, en contradicción y paradoja.

JOSE LUIS MOSQUERA VILLAR

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 314. Véase su obra *Sentimiento trágico de la vida*, VII, 183.

<sup>73</sup> *Ibid.*, *Sentimiento trágico de la vida*, O. C., VII, 183.

<sup>74</sup> *Ibid.*, *La agonía del cristianismo*, O. C., VII, 355.

<sup>75</sup> *Ibid.*, *Sentimiento trágico de la vida*, O. C., VII, 195: «Y para hacer una filosofía puramente racional habría que hacerla por fórmulas algebraicas o crear una lengua —una lengua inhumana, es decir, inapta para las necesidades de la vida—».

<sup>76</sup> L. de Zulueta, 'Miguel de Unamuno: L'agonie du christianisme', en *Rev. Oc.*, XII (1926) 239.